# Entre sombras: Secretos de familia

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

# Capítulo 1

Emily era la hija de un matrimonio joven, tenia quince años cuando sus padres decidieron dejar el condominio en el que vivían para irse a vivir a la zona norte de Alazor. La razón tras el inusitado cambio habría sido el asesinato y violación de una joven hija de unos vecinos, los Nottingham. Tras el lamentable suceso, que dicho sea de paso dio que hablar durante una semana en los principales matinales de la ciudad, los padres decidieron que aquel ya no era un buen lugar para criar a su hija.

La casa significaba el mundo para Emily, con catorce años viviendo ahí jamás imaginó vivir en otro lugar; adoraba el patio trasero en el cual abundaban los nísperos que dejaban caer sus hojas secas y marrones sobre su cabeza; también habían ciruelos de ramas endebles que durante los veranos germinaban frutos del tamaño de un globo ocular. Desde las alturas del níspero cuyas flores se llenaron de abejas durante el día de la mudanza, Emily, agazapada contra las ramas del árbol, contemplaba con profunda nostalgia anticipada su barrio, intuía que, con altas probabilidades, aquella sería la última vez que disfrutaría de una sensación hogareña y familiar, todavía no se iba y sabía que su alma ya no estaba ahí, que hacía ya varias horas su espíritu se había desplazado a alguna urbe de Alazor. No había lágrimas ni sorber de mocos, tan solo un pesar interno, un sufrir silencioso y por debajo del nivel consciente.

—¡Emily! ¿Estás lista? —le gritó su madre desde la cocina.

Aguantando el irremediable peso del apego humano, Emily se bajó del níspero y caminó con litúrgico andar hacia la cocina, como si se tratara de un autentico funeral.

—¿Ya barriste tu habitación? —le preguntó su madre.

—Sí, solo tenemos que sacar estas cajas y echarlas al camión.

—Okey, tú saca aquellas que están sobre el comedor mientras yo saco estas otras —dijo la madre mientras cogía las cajas que se encontraban a sus pies.

Luego de haber sacado el resto de las cosas que faltaban y de haber barrido las habitaciones, a Emily solo le restaba abandonar el que había sido su hogar durante catorce años y medio.

Al tener todo listo, se subió al auto con sus padres, estaba seria, con las manos rígidas sobre el regazo y el semblante reposado en la figura de su casa. A medida que el auto avanzaba para dar la vuelta, sintió que su

mente se sumergía en una dimensión oceánica de negación. Sintió que su ser se había dividido en dos y de haber sido real aquello, una buena porción de sí misma hubiera llenado la casa entera aunque le hubiese tocado estar sola dentro de la misma. Cuando ya iban por la carretera, distrajo su aflicción con el paisaje que la zona norte de Alazor le mostraba; los edificios altos y las plazas céntricas le suponían una vida de bullicio e incomodidad, pero todo aquello cambió a medida que el automóvil se aproximaba al que sería su nuevo hogar. A lo largo de la carretera Emily logró disfrutar del maravilloso bosque de Alazor, los arboles exhibían un empastado verde-musgo enriquecido bellamente con relieves en el suelo y contrastes lejanos proporcionados por el plumaje colorido de las aves. Bandadas de pájaros sobrevolaban el área y suscitaban en ella una simpatía relajante que dispersaba la negatividad de la que había sido presa hace algunos momentos. Al costado de la carretera, había un hombre joven de entre unos veinte y treinta años, cabello oscuro y vestido con una camisa a cuadros y un pantalón gris. A la distancia, el sujeto le sonreía a Emily con agrado. Ella se desconcertó ante la sonrisa de aquel hombre a quien jamás había visto. Al avanzar el auto, él quedó atrás mirando a Emily con escalofriante insistencia. Un kilometro más adelante… observó a un niño en un columpio, él la observaba de vuelta mientras se balanceaba de atrás hacia adelante con un débil impulso.

"Bienvenidos a Blackcrown" rezaba un letrero con letras doradas grabadas en un rustico trozo de madera astado.

—¿Cuánto falta? —preguntaba Emily a sus padres.

—Ya llegamos —respondió su padre.

La casa era muy bonita, contaba con seis habitaciones, cocina americana, dos baños, un jardín delantero bastante amplio y uno trasero igualmente espacioso. El frontis era de madera de eucalipto barnizada… ¡hasta el buzón tenia encanto propio! A ambos costados de la casa habían fresnos, uno de los arboles favoritos de la señora Woods. Al bajar del auto, los padres de Emily contemplaron la casa con una expresión de "¿No es una preciosura?". Aplacada por la resignación, Emily bajó del auto y se dirigió al camión a bajar sus cajas.

Más tarde, con el sol despuntando y exhalando sus últimos rayos, la mudanza estaba casi terminada, los muebles del living, la cocina y de las respectivas habitaciones estaban instalados. El resto sería ordenado durante la semana.

—Muy bien, terminé de sacar la loza —dijo la señora Woods.

—¿Estás muy cansada, cariño? —le preguntó su esposo.

—Como no te imaginas, ni siquiera preparé la cena.

—Pediremos unas pizzas y ya —dijo el señor Woods alegremente y relajado.

El hombre ordenó las pizzas por su celular mientras su esposa se servía una copa de vino.

Emily estaba en su cuarto. Su cama era de dos plazas, la ventana a la derecha le permitía ver las estrellas y el resto de los muebles y decoración que hacían juego con el tono azulado de las paredes. Muy bien, aquí estamos —se decía a sí misma— Sus ojos recorrían cada espacio, cada centímetro de la habitación, como si estuviese tratando de comprobar o encontrar algo. La nostalgia había sido apaciguada, y al haber mermado la fuerza de esa deprimente emoción, optó una preocupación de otro orden. Comenzó a mirarse frente al espejo, a mirar su cuerpo y explorar sus atributos de la cabeza a los pies. Emily era delgada, de busto pequeño y en desarrollo, su fisonomía era delicada como la de una elfina del bosque. Tenía un raro estilo producto de todas las mezclas experimentales propias de la edad que ocultaban lo tierna y bondadosa que podía ser. Mientras observaba su reflejo, inconscientemente hizo algo muy extraño, acercó unos centímetros más su rostro, miró fija y sostenidamente sus propios ojos, los entrecerraba y desviaba hacia zonas laterales. Manteniendo esa postura por casi un minuto, Emily comenzó a notar una desfragmentación de su piel alrededor del rostro, era como si debajo de su piel, hubiese otra, una piel oscura, desagradable. De pronto…

—Emily, cariño, llegaron las pizzas —dijo la madre tocando suavemente la puerta.

Emily se asustó y retrocedió repentinamente del espejo.

—¡De acuerdo!¡ enseguida voy! —exclamó algo exaltada.

—¿Estás bien? —preguntó la madre con una pizca de inquietud.

—Estoy bien, es que… me estaba quedando dormida.

—De acuerdo, te espero abajo.

Aquella experiencia resultó muy inquietante.

Tras haber cenado se sintió muy satisfecha, charló un rato con sus padres y se fue a acostar. Eran las once y media de la noche, su ventana estaba abierta y el termómetro marcaba treinta grados. En la habitación, reinaba un silencio absoluto, aquel silencio unido a la oscuridad media del

ambiente fueron un mágico sopor que relajó a Emily del estrés vivido durante el día. Se dio unas vueltas en la cama pensando en la escuela, en lo afortunada que había sido al poder permanecer en la misma y evitar tantos cambios. Luego de incontables revisiones de lo vivido durante el día, cerró sus ojos, sintió sus piernas más pesadas.

Siete minutos después, se encontraba entre el sueño y la vigilia, ya había perdido la conciencia de su cuerpo, sus ojos se empezaron a mover rápidamente de derecha a izquierda. Pasados otros veintes minutos… se hallaba sumida en una paz que tocaba el gélido umbral de la muerte. Su respiración era lenta como la de un animalito indefenso. Eran las tres de la madrugada, y Emily se despertó algo asustada, como si hubiese tenido una pesadilla. Se incorporó hacia adelante y vio que se cerraba la puerta de su alcoba, como si alguien hubiese salido de ella. Asustada, pero sin entrar en pánico, encendió la luz de su lámpara y se quedó con la espalda apoyada sobre unos cojines, se mantuvo en vela, a resguardo de la misteriosa presencia que había visitado su habitación esa noche. Alrededor de las tres y media, se encontraba dormitando cabizbaja sobre la cama, se despabiló al escuchar los aullidos de los perros del vecindario. Se levantó y fue a mirar por la ventana. Los perros no eran visibles pero sus aullidos eran emitidos con malignidad, como un concierto de flautas diabólicas cuya melodía se infundía en el azaroso corazón de la chica. Una vez terminado el "concierto", despegó su rostro de la ventana y regresó a la cama, pero en su lugar encontró el espacio vacío, el piso refractaba la poca luz que entraba por la ventana. Caminó alrededor del espacio, incapaz de creer lo que estaba viendo. Su corazón latía con rapidez y un temblor escalofriante pulsaba en su plexo solar. De pronto… se escuchó el leve rechinar de la bisagra de la puerta. Giró lentamente su cabeza en ángulo recto y observó con el rabo del ojo una sombra humana larguirucha que se deslizó con rapidez por la pared. Las canillas le tiritaban de susto como hilos de marioneta a medida que la sombra se deslizaba avanzando hacia donde estaba la cama antes de desaparecer, y de pronto, una sabana cayó sobre su cuerpo. Sollozando de pánico retrocedió, se quitó la sábana y su cama cayó con estruendo y violencia desde el techo. Atacada de sollozos y respiros ahogados, Emily se debatía entre la razón y el delirio, gateaba por el piso arrastrándose como una rata asustadiza hacia un rincón en el cual permaneció acurrucada hasta el amanecer tapada con una manta que había sacado del closet.

A la mañana siguiente, despertó con el cuerpo agarrotado. Restregó sus ojos un poco y miró hacia la cama con una suspicacia entumecida en los recuerdos borrosos de la noche anterior. No comprendía si se había tratado de una pesadilla o algo real. Enseguida se fue a duchar mientras su madre preparaba el desayuno.

—¡Mmm! esto se ve delicioso —dijo el señor Woods.

La señora Woods había preparado un pie de limón.

—Espero que te guste lo hice anoche y engrosé la masa para disminuir la acidez.

—¡Por eso te amo! —le dijo a la señora Woods abrazándola y besándola con ternura.

Al sentarse a probar el delicioso pastel de su esposa, el señor Woods elevó casualmente su mirada hacia el techo del living, sus cejas se arrugaron ligeramente al verlo algo agrietado.

—Cariño… ¿el techo estaba así cuando llegamos ayer?

—¿A qué te refieres? —le preguntó la señora Woods.

—El techo, querida, el techo del living se ve algo dañado.

Y entonces llegó Emily. "caramba, no fue un sueño" —pensó.

—¡Miren quien se levantó! ¿Cómo amaneciste, cariño? —le preguntó la señora Woods.

—Viva —respondió la muchacha con la mirada pegada al techo y sintiéndose perpleja ante lo que estaba viendo.

—¿Estás bien? Parece que hubieras…

—Estoy bien, es solo que no dormí muy bien anoche ¿Escucharon algún ruido fuerte?

—Yo solo escuché los aullidos insoportables de los perros —dijo la madre— luego de eso me bebí un té de melisa y me dormí profundamente. Siéntate para que desayunes, preparé pie, te encantará.

La mañana transcurrió lenta. Después de haber desayunado, Emily se dio cuenta que no tenía a dónde ir. Era domingo y el cambio de casa era algo oficial. Al encontrarse sola dando vueltas en su habitación trató de encontrarle una explicación a lo sucedido la noche anterior, pero la razón no le daba la luz que necesitaba. Al no encontrar respuesta en la soledad de su cuarto, decidió ir a dar una vuelta al jardín trasero. Al llegar a allá sintió una oleada de inmensidad en el estomago. Al costado izquierdo del cobertizo había un pequeño y enclenque peral que parecía agonizar con el peso injusto de sus frutos ya maduros y, a doce metros de este, en diagonal, un enorme almendro que ensombrecía gran parte del jardín. Un columpio se situaba bajo las frondosas ramas del almendro, sumido prácticamente en una penumbra encuevada. Aquel columpio le recordó a Emily el que había visto el día anterior cuando venia llegando a

Blackcrown, aquel en el que se columpiaba un niño que la miraba extrañamente. Emily ya estaba mayor como para asustarse con la falta de luz, pero el reciente acontecimiento en su nuevo dormitorio la obligaba a dudar hasta de si Bloody Marie era solo un juego. Se quedó a un metro del columpio, en silencio, solo observando.

De repente algo suena en el cobertizo. (Emily se sobresaltó) un golpe seco, como si algo hubiese caído al piso. Se acelera su pulso. Ella sabe que en un cobertizo las cosas crujen, caen y hay ratas. Sintió unas ganas apremiantes de orinar porque el miedo le calaba hasta la medula y en cada intersticio de sus órganos.

Mientras tanto, la señora Woods limpiaba el mesón de su nueva cocina con una rejilla embebida en cloro.

—Limpio, limpio todo debe estar muy limpio, radiante —decía con voz cantarina.

El olor del cloro llegaba hasta donde se encontraba Emily. La señora Woods podía observarla desde la cocina.

Susurros provenientes del cuarto captaron la atención de Emily ¿fantasmas? Era una posibilidad. Pero ella sabía en su corazón que no se trataba de nada bueno.

La señora Woods miró hacia el jardín. Emily ya no estaba visible. ¿Dónde había ido?

El señor Woods entró a la cocina.

—Cielo ¿has visto a Emily?

—Estaba en el jardín pero de pronto se fue. Debe haber ido a pasear. A propósito ¿Cómo crees que esté? Es decir, esto es un gran cambio para ella ¿crees que este bien? cielos, quizá no lo demuestre pero se debe estar sintiendo sola…—la señora Woods hizo una pausa al comprobar el modo divertido con que la miraba su esposo—. Crees que estoy paranoica ¿cierto?

—No creo que estés paranoica, Erin, creo que haces lo que mejor sabes hacer, preocuparte por el bienestar de nuestra hija. Lo que hicimos fue por el bien nuestro y el de ella —el rostro y cuerpo de Erin Woods se volvieron tensos al oír aquellas últimas palabras de su esposo. Se notaba cansada, pero no de restregar, no, se trataba de un cansancio más… antiguo por llamarlo de alguna manera—. Erin, sé lo que estas pensando, cariño ¡hicimos lo correcto! Tú sabes que nos arriesgábamos por cada segundo que nos quedábamos allá. —Erin Woods parecía al borde del

llanto, sin embargo, se contuvo.

Ella y su esposo siguieron charlando, lo que ambos ignoraban era que Emily estaba más cerca de lo que suponían: detrás del muro del pasillo que colindaba con la cocina escuchando toda la conversación. Estaba ahí desde hacia varios minutos, lo suficiente como para entender una cosa y cuestionarse otras cuantas: ahora sabía que el trágico suceso ocurrido en el condominio en el que vivían no era la razón medular detrás de la mudanza. Sus padres no le habían comunicado toda la verdad ¿Qué otra razón podía haber suscitado el cambio? ¿Era algo grave? ¿Y por qué su padre decía que corrían riesgo ellos también?

—Fue mi culpa, Niel —la voz de la madre se tiñó de remordimiento y un tembloroso auto-flagelo—. No estaríamos aquí si no fuese por mi culpa… —en el pasillo, Emily avanzó dos pasos más para escuchar mejor. La chica podía oír los latidos de su nervioso corazón y sus deseos de orinar se duplicaron—…por lo que hice.

¿Pero qué había hecho ella?

Y finalmente, el llanto ya no pudo ser reprimido. Niel abrazó a su esposa para contenerla.

Emily estaba más confundida que nunca. Dio media vuelta sobre sus talones cuando vio que en el suelo, había una serie de pisadas pequeñas y rojas. Se sobrecogió ante aquellas extrañas huellas y siguió su dirección hacia el fondo del pasillo (donde se ubicaban los cuartos de huéspedes) avanzó sigilosamente, manteniendo la cabeza agachas y la vista fija en las baldosas… hasta que las estrechas pisadas la llevaron al cuarto de huéspedes de la izquierda. Notó que la puerta estaba cerrada. Cogió y giró el pomo con su mano sudorosa e ingresó al cuarto. Estaba bien iluminado. Al entrar, lo primero que llamó su atención fueron las cortinas color vainilla de la amplia ventana a su derecha. La habitación no era tan grande como la suya. En el centro había una litera, los fierros eran de un color burdeo muy sobrio. Habían sido pintados con esmalte. El olor estaba muy fresco. Emily se acercó y pasó sus dedos sobre la estructura. No solo el olor estaba fresco, también la pintura. Sus dedos se mancharon de un rojo oscuro, muy similar al de las pisadas que la habían conducido hasta allí ¿Sus padres estaban amoblando el cuarto de huéspedes? “Pero qué extraño” —pensó —. Las camas por su parte estaban muy ordenadas, ambas con sus respectivas sábanas, mantas y edredones. Estos últimos eran del mismo color: burdeo. De pie, al lado de la litera, Emily observaba con una confusión abrumadora. No lo demostraba, claro —como mucho de lo que sentía—, pero aquello superaba su capacidad para deducir los hechos. Solo durante unos segundos, se le cruzó por la mente la descabellada idea de que tal vez su madre estaba esperando gemelos “Gau ¡eso sí que sería una locura!” “No, no me lo creo” —se dijo a sí

misma. Cuando Emily alzó la vista…

—¡Hola! —la cabeza de una chica de pelo negro se asomó desde la litera superior. A Emily se le heló la sangre. Dio un grito y se cayó al retroceder. La mirada de la chica era muy seria. Tenía el cabello largo y el rostro enrojecido—. ¿Te asusté? —su tono de voz fue cínico—. Lo lamento.

Emily no lograba hablar. Las palabras se le habían atascado en la garganta. Sus cuerdas vocales fueron paralizadas por el miedo ¿Quién diablos era aquella intrusa?

—¿Alguna vez has sentido que no puedes gritar o…que sin importar que lo hagas nadie te escucha? ¿Eh? Pues a mí sí. Tengo mucho miedo, no sé porque, siento que algo malo va a suceder ¿Tu no?

Emily entró en pánico, sintió que su cuerpo se movía en cámara lenta, como si estuviese dentro de una pesadilla. Se levantó a trompicones para correr fuera de la habitación ¡bum! La chica estaba de pie delante de ella. Emily volvió a caer. La muchacha usaba un camisón blanco de dormir. Pero se notaba algo percudido y entierrado.

—¡Te buscará a ti también! ¡Debes estar alerta! No duermas, no duermas, siempre alerta, siempre alerta… —comenzó a susurrar la chica para sí misma con los ojos cerrados, como si se tratara de un mantra. Regresó a la litera. Pasó por el lado de Emily, quien la observó con los ojos como platos y el rostro empalidecido. La chica subió por la escalerita, Emily volvió la cabeza y se fijó en sus pantorrillas al subir: estaban llenas de arañazos y los talones tenían una colorada marca circular alrededor.

Esa tarde, Emily se quedo en su habitación, no obviaba lo que había sucedido la noche anterior pero aquel suceso era diez mil veces menos espeluznante de lo que había sido la muchacha en el cuarto de huéspedes. Rezó, rezó como nunca antes lo había hecho y le pidió protección a su ángel de la guarda, a la virgen, a Jesucristo y a cuanta deidad se le había ocurrido. Su madre tenía razón, se sentía muy sola desde la mudanza. Incluso antes de que se mudaran, los padres de Emily habían adoptado una conducta muy inusual, se habían vuelto más sobreprotectores. Todo desde la muerte de Verónica Nottingham. La chica cuyo cadáver fue enterrado en el jardín de su casa por su propio padre.

El caso fue ampliamente divulgado en los medios. El autor del crimen, Scott Nottingham, recibió la pena de muerte y tras su ejecución el caso fue reabierto, pues las pericias posteriores revelaron algo que las confesiones y silencios de Scott durante los interrogatorios, no dejaron entrever: Más víctimas. El número era indeterminado, pero los detectives aseguraban que, de acuerdo con sus hallazgos en aquella casa, Verónica y Sabrina Nottingham (la hermana) no habrían sido las únicas víctimas de los bestiales y antinaturales actos de su padre ¿Evidencias? Las

entrevistas realizadas a Sabrina, la única sobreviviente, arrojaron cosas como:

"…estábamos encerradas en el sótano, bueno, al principio, cuando todas estábamos juntas. A mi hermana la separaron del resto…" "…siempre se escuchaban gritos de muchachas, yo estaba en la tubería, él me dejó ahí para que me pudriera; creyó que me había matado…debió haberlo hecho"

Sabrina fue diagnosticada de un severo cuadro de estrés post traumático. Manifestó tendencias suicidas y los médicos aconsejaron su reclusión en una clínica de salud mental.

Eran un cuarto para las ocho, quedaba apenas un suspiro de sol y Emily se había dormido encima de la cama sin cubrirse. El aroma a caldo de verduras y champiñones salteados en mantequilla la despertó gratamente. Sin embargo, antes de despertar, había tenido un sueño muy extraño:

*Yacía sobre la cama en una camisa de dormir blanca. Unos lamentos fantasmales la despiertan y hacen que se sobresalte. Despierta. Pero no son sólo los lamentos. Se oye a lo lejos un repiqueo en la tierra, un murmullo casi metálico pero muy, muy fino. Se levanta y va hacia la ventana, corre el visillo y ve a su padre, cavando una fosa en el jardín. Emily no estaba segura que fuera él. Lo asumía porque estaba en su casa. ¿Quién más podría ser sino? Su rostro era borroso y estaba oscuro. Los lamentos aumentaron. Eran graves y prolongados, ecoicos y llenos de aflicción. Emily salió de su habitación e intentó seguirlos concentrando su atención en ellos, mas no lograba descubrir de dónde provenían, parecían emitidos de la nada o de algún sitio remoto a través del cual se multiplicaban hacia el resto de la casa. Escudriñó el primer piso, descendió por las escaleras con una inexplicable urgencia y al mismo tiempo terror de encontrar al dueño (o dueña) de aquellos lamentos. Se sentía sola y desprotegida. Todas las luces de la casa estaban encendidas, las puertas y ventanas, abiertas de par en par. De pronto… Susurros:*

*Él viene por ti…está cerca, está cerca…*

*…¿Dejarás que te haga lo que me hizo?*

*Cuando vea que estás sola… absolutamente sola...*

*Lo hará.*

Y despertó.

Aquellos susurros, aquellas palabras, aquel sueño en su totalidad, fue un mensaje, pero ¿De quién? ¿Cuál era el mensaje? Que su padre, el hombre en quien más confiaba y se suponía debía velar por su seguridad ¿Estuvo

involucrado de alguna manera en los asesinatos?

El delicioso olor de los alimentos en cocción, liberándose y perfumando cada ámbito de la consciencia de Emily logró aligerar la tensión y el estrés de los que había sido presa desde su llegada a aquella casa. Sabía que debía ser fuerte. No les contaba a sus padres lo que le estaba sucediendo, antes no lo hizo por soberbia, pero ahora no podía porque ellos estaban involucrados íntimamente con el asunto. Le dolía, le daba asco y le horrorizaba pensar que su padre podía tener algo que ver con las muertes de esas muchachas. Pero necesitaba entender. De otro modo, su confianza —y por consiguiente su amor— por él jamás serian restaurados.

Encendió la luz de su lámpara. Se levantó de la cama muy resuelta y tras ponerse sus jeans ajustados y una blusa negra, bajó a cenar. Salvo que esta vez, urdió un fino plan de interrogatorio.

—Menos mal que has despertado ¿te sientes bien, cariño? Dormiste casi todo el día. Te iba ir a ver pero…

—Mejor que no hayas ido. Estaba descansando, tenía mucho sueño acumulado; creo que tengo insomnio —Emily sonó muy ligera de ánimo, incluso añadió un bostezo fingido—. ¿Y papá?

—Creo que fue al baño —la señora Woods sacó una humeante cucharada de caldo de la cacerola y se la acercó a Emily—. Prueba ¡me quedo buenísimo!

Emily sorbió el suculento líquido que rebosaba en aromas vegetales y carne de colita de res.

—Ya está listo, vamos a cenar —dijo la señora Woods con cariño.

—Pondré los cubiertos…

—Oh, no te preocupes, ya los puse.

Emily y su madre fueron las primeras en sentarse. El señor Woods se retrasó en el baño, donde supuestamente se encontraba, pero finalmente llegó. Antes de siquiera probar bocado, el señor y la señora Woods habían adoptado la costumbre de dar las gracias al creador. Era algo reciente, Emily se sorprendió bastante la primera vez que su padre lo hizo hace aproximadamente un mes. Cuando el caso Nottingham había sido desenterrado.

Era cierto que la comida estaba exquisita y era difícil barajar preguntas capciosas hacia tus padres si compartías junto a ellos como hace mucho no lo hacías; pero Emily no perdía de vista el objetivo. Ellos no debían

darse cuenta que ella sabía.

La cena transcurría en un ambiente de armónico silencio, un silencio alimentado por el lejano burbujeo en el agua de la pecera que estaba en el living. Papá elogió la comida de mamá, le dijo cuán deliciosa estaba. "Gloria en un plato" fueron sus palabras exactas.

Luego de cinco minutos, la cena adquirió una atmosfera mas alegre era muy agradable. Todo era tan perfecto que… no parecía real. Y es que no podía serlo. Los aromas, las comidas, las risas, los besos, los cumplidos, la conversación tan fluida, todo eso era una fachada, olía a mentiras y desengaño, el desengaño al haberse dado cuenta Emily que sus padres no se habían mudado exactamente por su "seguridad".

—Esta casa es bastante grande —opinó Emily.

—Pues sí —dijo Niel— ¿has visto ya la piscina? Es…

—¿Por qué nos mudamos?

—¿Qué?

—Me gustaba muchísimo nuestra casa a las afueras de Alazor y sé que a ustedes también.

Por segunda vez ese día, Erin se puso muy tensa.

—Esta casa tiene muchas habitaciones es… colonial —estaba claro que algo la había inquietado. La casa decididamente no contaba con un estilo de la colonia.

—De acuerdo. Bueno, a mí también me gusta la casa, aunque extraño la otra —Emily hizo una pausa—. Hablando de eso ¿se acuerdan de ese horrible crimen en la casa de esa familia…? ¿Cómo se llamaban…?

—Los Nottingham —explicó Niel con naturalidad—. Lo recuerdo, fue un espantoso parricidio con violación hacia ambas chicas. Solo una de ellas sobrevivió.

—¡Niel! —repuso Erin con ojos brillantes e inquietos.

—¿Qué? Erin, no podemos seguir protegiéndola por siempre.

—¿A qué te refieres? —inquirió Emily. Sintió que estaba a punto de descubrir la verdad. Su corazón dio un salto.

—A todo, Emily, a las cosas malas que existen en el mundo, tales como el asesinato de esas pobres muchachas. Emily, nos mudamos porque

pensamos que aquel ya no era un vecindario seguro, además, esta casa nos fue fácil de encontrar…

—Y está bastante lejos —intervino Erin.

—Cariño, no pretendo asustarte y tampoco quiero que sufras por cosas como la mudanza, pero debes comprender que la vida es así. No siempre se trata de lo que queremos hacer sino de lo que es mejor para nosotros. Tampoco suavizaré para ti la realidad, esas chicas en efecto fueron víctimas de abuso sexual repetido y a una la mantuvieron encerrada en un sótano, la pobre acabó escapando por las tuberías de los… —Niel hizo una pausa agachando la cabeza con un gesto dramático en los labios—, en fin, esa es otra historia. El punto es que…

—Ya lo capto —dijo Emily. Su padre la miró—, en serio, creo que es… comprensible hasta cierto punto que hayamos salido arrancando, aunque sigo creyendo que es injusto.

Niel estuvo a punto de decir algo.

—…no por la mudanza, sino por haber tenido que salir de ahí como criminales cuando el verdadero vivía frente a nuestra calle.

Erin oyó la palabra y esta retumbó por todo su ser: *criminales.* Aquello no podía ser más incomodo.

La búsqueda de la verdad había sido un fiasco y Emily lo sabía. Esa noche, luego de que todos se fuesen a la cama, se daba vueltas en la de ella como cerdo a la parrilla. No hallaría la comodidad hasta saber la verdad que sus padres, además de empeñarse en negar, habían fingido contar aquella noche. Fue producto de su angustiosa incertidumbre la solución que había acudido a su mente en esos momentos. Estiró el brazo para encender la lámpara, prendió su laptop, navegó veinte minutos y obtuvo lo necesario para su plan.

A la mañana siguiente, se vistió más rápido que de costumbre; durante el desayuno les mentiría a sus padres diciéndoles que iba a casa de una amiga. Naturalmente, ellos le creyeron y ella, aún sabiendo que ellos le mentían sobre todo, se sintió fatal por hacerles lo mismo. Pero aquel sentimiento solo duró hasta que llegó a la orilla del camino de grava donde se ubicaba la parada de autobús. Cogió el transporte y se fue camino a la clínica donde se hallaba la única testigo y sobreviviente del trágico parricidio que había conmovido a Alazor, Sabrina Nottingham.

El lugar incluso aún más atemorizante de lo que Emily se había imaginado. Sabía dónde estaba porque había encontrado la dirección en la red la noche anterior. No era la fachada, sino la presencia de sus

inusuales huéspedes lo que la inquietaba.

Atravesó la verja de hierro desvencijada y caminó hacia una caseta en la entrada de un alto edificio post-moderno. Habló con una mujer regordeta de lentes.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Vengo a ver a una paciente, Sabrina Nottingham ¿sabe si puede recibir visitas?

Al oír el nombre, la mujer se mostró dubitativa y observó a Emily bajando levemente sus anteojos.

—¿Eres familiar?

—Amiga, bueno, en realidad somos vecinas… ¡éramos! Quiero decir, éramos vecinas cuando… ya sabe, antes de que pasara lo que pasó.

—No sabría decirte si puedes verla.

—¿Tan grave está?

—No es eso —dijo la mujer—, verás… Sabrina entró en un estado de catatonia hace un par de meses.

—Cielos.

—Lo sé, es horrible. Desde entonces se encuentra hospitalizada en el ala norte del edificio. Los médicos no consiguen entender que lo ha gatillado exactamente pero está masque claro que es por lo que le pasó con si padre —aventuró—. Así que si quieres puedes verla, pero ella no está consciente…

—Quiero verla. Necesito hacerlo.

Tras pasar una exhaustiva revisión en la que fue despojada de todos sus objetos peligrosos, una enfermera alta y muy delgada escoltó a Emily a través de pasillos interminables plagados de una atmosfera extraña, una energía que le hacía sentir como si hubiese descendido a un plano de la existencia donde aquello podía ser la mente de alguien. Aquello no le supo tan mal, quizá más apropiado para una novela… Subieron tres pisos en ascensor. Al salir se dirigieron hacia el norte atravesando un largo pasillo con ventanas que daban hacia la izquierda hasta que, tras cinco minutos mirando únicamente el tomate rubio en el pelo de la enfermera, llegaron a la sala donde estaba Sabrina.

—Estaré por aquí —advirtió la mujer delgada con un tono neutro. Y se marchó.

Emily abrió la puerta y ahí estaba. Sabrina yacía apacible en cada parte de su cuerpo, a excepción, claro estaba, de sus ojos, sus ojos eran otra cosa; abiertos como pegados con poxipol en los parpados y enseñando una mirada perdida y llena de horror que a Emily le dio pena y a la vez, escalofríos. Se acercó a mirarla de cerca, tenía un cabello castaño, lucia bello, aunque tenía mechas blancas que asomaban en la coronilla y descendían hasta sus hombros. El constante y monótono sonido del monitor señalaba su ritmo cardiaco.

—Emily —murmuró para sí.

Observó detenidamente su rostro con la intención de conseguir una respuesta, como si fuese posible de alguien que se hallaba en tan lamentable estado, no obstante, era inevitable no caer en esos ojos helados y cristalinos, medios muertos y medios vivos. La inmersión en los ojos de Sabrina se prolongaba, Emily recordó aquella noche en la que se observaba en el espejo, de pronto aquella piel que se había manifestado en su reflejo pareció encajar con la de la chica que tenía ahora delante de ella. De alguna extraña manera tenía sentido. El contacto visual se tornó en un trance, sintió su cuerpo rígido, helado; de repente, sintió algo sobre su mano: La de Sabrina. En ese instante una visión acudió a su mente.

*Un día agradable, un cielo profundo y diáfano arrojaba destellos de luz veraniega sobre los chorros de agua que los chicos salpicaban al tirarse a la piscina; había risas de niños, niños que corrían alrededor. Emily se observó a sí misma de niña, estaba sentada en el borde con las piernas sumergidas. Sintió el miedo de aquel momento: estaba demasiado profundo. Un hombre alto de pantalones formales color beige y camiseta roja se agachó a su lado. Era el señor Nottingham. El hombre ladeó su cabeza para mirarla y le acarició el cabello, luego le susurró algo al oído.*

*Una voz nítida pero acongojada empezó a hablar, era la voz de Sabrina: "También se fijó en ti, le gustabas, así empezó todo".*

*Mientras el sujeto la acariciaba, su padre observaba la escena a un par de metros —los niños seguían corriendo y reían fuerte—. La mirada en sus ojos fue alarmante, pues vio algo nefasto en aquel gesto lascivo y criminal, algo que le hizo caminar decididamente hacia Scott Nottingham y empujarlo a la piscina. Todos los niños se echaron a reír, todos excepto Emily, que aún estaba sentada. El enojo en la cara de su padre era tan evidente como incomprensible. Cogió a la pequeña Emily con delicadeza y se la llevó. A partir de ese momento, la visión se difuminó en un color blanco a la vez que se oía un tintineo precioso; la visión regreso en colores y el silbido del viento acunaba al objeto origen de aquellos*

*sonidos: un canta–viento azulado.*

*La voz de Sabrina regresó: "no había nada peor que ser torturada, salvo el saber que no se detendría conmigo, no podía, no estaba en su naturaleza de monstruo; él te vio y tu padre impidió que se acercara, pero… tu padre tenía secretos —dijo—, y el monstruo sacó provecho de eso.*

*De pronto era de noche y estaba en su hogar anterior. Su padre estaba en el comedor, en penumbras, Scott estaba ahí también y le decía cosas en secreto, susurros agitados. Niel no se quedaba callado, le contestaba aun cuando no debía subir la voz por temor a despertar a su esposa.*

*—Se lo diré, le diré lo que has estado haciendo y con quien.*

*—Ya basta.*

*—¿O qué? ¿Qué harás?*

*—No te saldrás con la tuya. Llamaré a la policía, a los vecinos, al maldito FBI si hace falta.*

*—No lo harás, Niel, porque si dices una palabra, la pagaré con tu hija —Scott se acercó hasta respirarle en el rostro a Niel, quien contuvo la irá que se asomaba por sus ojos.*

*—Hijo de puta —le gruñó con furia al tiempo que lo cogía del pecho de la camisa—. Con mi hija no, idiota; la tocas y te asesino.*

*—No eres un asesino; infiel, sí, pero no matarías ni a una mosca. No eres como…*

*—Por ella soy capaz de hacer lo que sea. Incluso de eliminar a un pedazo de mierda como tú ¿está claro? Deja-a mi hija-en paz —enfatizó.*

*De pronto, Scott abrió la boca y le echó a Niel un tufo que lo enfermó. Una vaharada negra y vaporosa emergió de esa boca. Emily, que observaba todo se quedó sorprendida ¿Qué había sido eso último? La voz de Sabrina continuaba… "Ahora ves al monstruo, o al menos a una parte del mismo; no es humano, quizá lo fue alguna vez… él chantajeó a tu padre…"*

*—Mantén la boca cerrada —dijo Scott—, y yo haré lo mismo. Ya sabes a lo que me refiero. No quiero pelear contigo, pero ya vi a tu hija y sabes lo que eso significa, así que…¿Qué dices? ¿Hacemos un trato?*

*El silencio, escabroso y maligno como se manifestaba, fue un sí para*

*Scott.*

*—Eso pensé —dijo.*

*"… Esa noche, tu padre aceptó recibir órdenes del monstruo. Aun sabiendo el daño que ocasionaría a otra niñas inocentes, él estuvo dispuesto a cerrar los ojos y alimentarlo"*

*"Alimentarlo" —se dijo Emily.*

*De pronto, el canta-vientos volvió a sonar y la visión, a cambiar. Enseguida Emily estaba de vuelta en el jardín de la casa Nottingham contemplando el instrumento, era de tarde esta vez, la brisa mecía con suavidad los alargados cilindros de metal… Poco a poco el sonido se volvió más lento y repetitivo, más… neutro, artificial…*

Hasta llegar a ser reconocido como el sonido de una maquina de hospital que monitoreaba el ritmo cardiaco.

Emily salió de su trance, que fue como haber dormido con los ojos abiertos. Miró su mano y vio la de Sabrina sobre ella. Luego miró a Sabrina, esta seguía en su estado catatónico.

—Tú eres la chica que vi en la habitación de huéspedes, la que estaba en ese camarote —reflexionó—. *"Así es como me hablas"* —susurró para sí.

Emily abandonó la clínica, Había cosas que hacer. Su padre había sido infiel, Scott lo supo y lo chantajeó a cambio de que no dijese una palabra acerca de los abusos que estaba cometiendo contra sus hijas y quien sabe que otras muchachas de la edad de Emily.

Llegó a casa temprano por la tarde. Su padre estaba en el patio.

—Has vuelto temprano.

—Sí.

—¿Qué sucede? ¿A dónde fuiste?

—A ver a Sabrina Nottingham.

Hubo una pausa.

—Lo sé.

—¿Qué? pero…

—Sé que has ido. Aunque me pregunto por qué.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué hacías ahí, Emily?

—Ella me contó todo.

—¿Pero de qué hablas? Esa chica está catatónica, no puede hablar…

—No lo hizo. He tenido visiones; ella me muestra cosas, lo hizo aquí, en la casa, y ahora en la clínica —el rostro de Niel palideció—. Sé que engañaste a mamá, sé porque nos mudamos…

—No lo sabes.

—Claro que sí. Papá ¿Por qué? ¿Por qué has hecho todo esto?

—Fue él quien hacia todo. Yo solo… —niel estaba al borde del colapso y se tomaba la cabeza con las manos— ¡yo hice lo que me pediste! —gritaba al aire.

—¿Qué te pidió?

—¡Lo hice para protegerte!

—Papá ¿Qué hiciste?

—El canta-vientos.

—¿Qué?

—Yo hice ese instrumento del mal.

—¿De qué estás hablando?

—El me obligó a diseñar un objeto que tuviese el poder de atraer a esas pobres chicas.

Se hizo un silencio. El sol se estaba poniendo y los destellos finales caían como un baño anaranjado sobre los ojos de Emily; las mentiras parecían no tener límites. Niel aún parecía angustiado.

—Está haciendo frio —dijo—, entremos.

Entraron y Emily siguió con las preguntas.

—¿Cómo hiciste el canta-vientos?

—Usé una formula —dijo— ya no importa. Está hecho.

—Quiero hablar con mamá.

—Aún no llega.

—¿A dónde fue?

—Fue a comprar algo.

Emily se quedó en el living esperando a su madre. Su padre desapareció por unos instantes. Tras media hora sentada, decidió subir a su cuarto, estaba cansada en muchos sentidos. Entró a su cuarto y al cerrar la puerta tras de sí un par de manos la sujetaron con fuerza al tiempo que su padre volvía a llamarla.

—Sshhh ¡no digas nada! —le advirtió su madre con una expresión atemorizada—. También he hablado con él.

Luego retiró su mano de la boca de Emily.

—¿Qué haces?¿Qué está pasando?

—Es él.

—¿Papá?

—¡Emily! —llamo Niel nuevamente.

—No, cariño, ya no es él.

—Mamá, tranquila, no creo que me haga daño.

—Solo quédate aquí.

—Mamá…

—Podemos salir por la ventana. Estoy tan arrepentida de no haberte dicho todo esto… Iremos lejos de aquí —dijo— nos iremos y luego…

De pronto, Erin se quedó en silencio. Recién había notado la presencia de su esposo tras su espalda y fue incapaz de detenerle cuando este le asestó un puñetazo en la mandíbula que la hizo caer.

—Te estaba llamando —le dijo a Emily.

Emily estaba temblando, sus piernas no respondían.

Niel cogió a su hija del brazo y se la llevó a la fuerza por el pasillo.

—Te llevaré lejos, donde nadie pueda encontrarte.

—¡Papá, suéltame! ¡Mamá! ¡Ayúdame! ¡Mamá!!

—Debo hacerlo…

De pronto la casa se cerró de oscuridad.

—¿Que está pasando? —dijo Niel.

El cristal de la ventana al final del pasillo se cubrió de negro y lo mismo pasó en el resto de la casa. Las luces oscilaban y un fino tintineo musical se disipó. Era el sonido del canta - vientos.

—No te separes de mí.

—¡Tengo miedo! ¿Por qué haces esto? ¡Golpeaste a mamá!

—Es él, ha regresado.

—¡¿Quién, Scott Nottingham?!

—Sí.

—Pues bien, no me importa, que te lleve y te haga pedazos. Fuiste tú quien lo ayudó; es tu culpa también que todas esas chicas estén muertas.

—Mi amor, no es así.

—¿Pues cómo?

—Jamás habría dejado que ese hijo de puta te hiciera daño y tuve que hacerle creer que… que te tendría en algún momento. Hicimos un pacto. Para él no fue suficiente que le llevara victimas, te quería a ti.

—Papá —dijo Emily con ojos desorbitados y temblando—. Ese hombre está en la cárcel.

—No, hija, Scott se suicidó hace cuatro días.

—Dios mío —de pronto Emily recordó el episodio en su habitación la primera noche de la mudanza, el aullido de los perros, su cama flotando

hasta el techo, la sombra en su cuarto… y el ruido en el cuarto de herramientas—. Me estaba cazando —susurró.

Las bombillas estallaron, los vidrios de las ventanas también y esquirlas de vidrio crudo fueron expulsadas en todas direcciones. La casa se lleno de una energía insoportable, de un odio y una perversión que casi podía palparse.

—Debo sacarte…

—¿Por qué golpeaste a mamá?

—¡Porque no le importa un carajo que te hagan daño! Entiende que no le importas, solo quiere terminar con esto.

Mientras Niel desesperaba ante su hija, su esposa lanzó una esquirla de vidrio que le atravesó la espalda.

—Es cierto, me gustaría que esto acabara —dijo— ¿Tu no, Cariño?

Continuará…